

lo que bajo juramento había prometido al príncipe aragonés, se entregó en sus manos. Por último, se conciliaron todas las diferencias; Carlos se consolidó en el trono de Nápoles, cediendo el Maine y el Anjú, y remitiendo al papa la decisión relativa á la Sicilia.

Esta isla había sido segregada de Aragón á la muerte de Pedro (1285), en favor de Jaime su hijo; pero el papa Honorio renovó contra él las excomuniones, y el abuso que de ellas hizo en esta época, disminuyó mucho su fuerza. Sin asustarse Jaime demasiado, dió prudentes franquicias á los sicilianos, é hizo experimentar más de una derrota á los Angevinos, así como á las tropas pontificias. Llamado después al trono de Aragón (1291), se dejó inducir á la paz, cediendo la Sicilia al papa, quien invistió con ella á Carlos II, después de diez años de una guerra inútil y encarnizada.

Fácil era de comprender á los sicilianos cuánto peligro hay en confiar su libertad á extranjeros, cuando se vieron vendidos como un rebaño de corderos á los asesinos de Conradino; pero cuando cobraron nuevos bríos en la desesperación, proclamaron también á un extranjero, á Federico, hermano de Jaime (1296). Este príncipe tomó la corona, y creyó deber suyo defender la isla, á pesar de la oposición de toda su familia, que se había reconciliado y hasta aliado por matrimonios con los Angevinos: á pesar también de la deserción de Roger de Lauria, que, después de haber sido absuelto de la excomunión por el papa, había hecho traición á la causa italiana, como la hizo antes de él Juan de Prócida (6).

(6) «En tal estado dejaron la Sicilia ambos enemigos, y manchados de traición, aquellos dos célebres extranjeros que tanto figuraron en la revolución de las vísperas de Palermo. Nacido el uno probablemente en Calabria, criado desde su infancia en la corte de Pedro, estuvo dotado de imponderable denuedo y de suma pericia en las cosas de guerra, el primer almirante de aquel tiempo, gran capitán de ejércitos, si bien feroz y sanguinario, avaro, orgulloso, é insaciable de recompensas. Rehabilitó en Sicilia la reputación de los ejércitos navales, enseñó á los sicilianos cómo se ganan las victorias, y fué para el nuevo Estado uno de los más poderosos sostenes. Volvióse en contra cuando tuvo en el poder rivales. No sabemos decir á punto fijo si fué más envidiado que envidioso, y mancha todavía más su nombre la circunstancia de haber abandonado á Federico cuando le era adversa la fortuna. Llevó consigo la dominación de los mares, sin conservar á pesar de todo lejos de nosotros su antigua gloria; porque si venció algunas veces á los sicilianos, sus antiguos camaradas, otras fué vencido por ellos; luego, apenas cerró la paz de Caltabellotta el sangriento palenque en que había representado el principal papel, peleando tan pronto con la una como con la otra de las dos facciones beligerantes, como si este géneo exterminador no hubiera tenido ya nada que hacer en el mundo, murió de enfermedad en España. Juan de Prócida fué muy inferior á él bajo todos aspectos, y sin embargo la caprichosa fortuna hace resonar hoy todavía este nombre mucho más alto que el otro. De ministro muy hábil que

Paz de Caltabellotta.—Bonifacio VIII escitó á los güelfos contra aquel rey que daba asilo á los patarinos y á los gibelinos, é invitó á Carlos de Valois á ir á arrojarlos, prometiéndole el imperio de Oriente y Occidente. Llegó con gran estruendo; y después de haber sido coronado en Roma, desembarcó en Sicilia, á la cabeza de tropas pontificias y napolitanas. Pero como Federico se mantenía encerrado en sus plazas fuertes, dejando al ejército invasor disminuirse, Carlos hizo proposiciones de paz, y fué concluida. Contentóse humildemente Federico con poseer la Sicilia durante su vida (1302), prometiéndose no incomodar á los Angevinos en las posesiones de la Calabria: se declaró además vasallo de la Santa Sede; y se comprometió á no tomar más que el título de rey de Trinacria, dejando á Carlos II el de rey de Sicilia.

Así, tras una revolución determinada, no por intrigas, sino por el entusiasmo de la indignación nacional, sostenida durante veinte años con un valor heroico; después de tres batallas campales, cuatro combates en el mar, ganados por la Sicilia, sin contar multitud de acciones parciales; después de haber arrojado de su seno no sólo á tres ejércitos, sino adquirido las Calabrias y el valle de Crasi, aunque tenían en su contra lo selecto de los caballeros y de los almirantes, y las armas de Roma, la Sicilia, que, durante este tempestuoso período, se había dado buenas instituciones políticas, volvía á caer bajo el yugo extranjero, en peor situación que estaba antes.

El rey Carlos II, que fué apellidado el Justo, adquirió por Maria, su mujer, derechos al trono de Hungría, que no obstante, fué disputado á su hijo Carlos Martel. Los derechos que Felipe, su otro hijo, había adquirido al imperio de Oriente, casándose con una hija de Carlos de Valois, eran aun más inciertos. Tuvo por sucesor en el trono de Nápoles á Roberto, apellidado el Bueno, por las cualidades de su corazón (1309-1343). Este príncipe tuvo frecuentes guerras con Federico de Sicilia, á quien apoyaban los gibelinos y los emperadores; de lo que resultó que nunca hubo paz entre los dos reinos. Hábil en política y en la guerra, dominó en Italia durante su largo reinado,

fué del rey de Aragón, corrompiéndose las tradiciones históricas, han hecho de él un libertador de pueblos, le han colocado al lado de los Timoleones y de los Brutos, han atribuido é él solo lo que fué efecto de las pasiones y de las necesidades imperiosas de todo el pueblo siciliano; al mérito que tuvo, á su sagacidad, atrevimiento, actividad, experiencia en el manejo de los negocios, se han atribuido también las virtudes del ciudadano, que no tuvo, que hasta ultrajó, conspirando primero con los enemigos, después oponiéndose abiertamente á la revolución siciliana, cuando restableció Federico sus principios. Murió oscuro en Roma á principios del año 1299, antes de haber recobrado, por precio de su infamia y por la clemencia del enemigo, sus posesiones en el territorio de Nápoles. AMARI.—*Un período de la Historia Siciliana*. Palermo, 1842.

y pareció llegar á ser su soberano; aunque en definitiva no se encontró que hubiese añadido una pulgada de tierra á sus Estados. Muchas ciudades se pusieron bajo su patrocinio, y el papa le nombró vicario del imperio vacante, y mientras vivió fué considerado como jefe de la facción güelfa, á la cual permanecían siempre unidas Florencia y Bolonia.

El Milanésado.—El partido gibelino tenía por adherentes á los pequeños señores que se habían erigido en tiranos, y principalmente á los de Lombardia, más desenfrenados desde que los pontífices habían abandonado el redil romano para hacerse humildes servidores de la Francia. En las luchas entre los nobles y los ciudadanos milaneses, Martin de la Torre de Valvassina se había ganado de tal manera el afecto del pueblo, que fué puesto al frente de la ciudad (1257), y transmitida á sus parientes su autoridad sin límites.

Los Visconti.—Habíanse ya acostumbrado los milaneses á la dominación de uno solo, cuando el arzobispo Oton Visconti se apoderó de ella y la fortificó reuniendo á la autoridad civil el poder eclesiástico (1277). Bastante feliz para no tener necesidad de los suplicios á fin de consolidarse, poderoso por el apoyo de las ciudades gibelinas, que se unieron á él, sobre todo, después de la caída del marqués de Monferrato, hizo de manera, que transmitió la autoridad á su sobrino Mateo Visconti. Fué éste elegido capitán por el pueblo de Milan, después por el de Novara y de Verceli, y vicario imperial de Lombardia en nombre de Adolfo Nassau. En fin, á la muerte de su tío, fué proclamado señor de Milan y de otras varias ciudades; después se alió por matrimonio con los Escaligeros de Verona y los señores de Este, que dominaban en Ferrara (1295); los primeros marchaban á la cabeza del partido gibelino, los segundos no eran menos influyentes entre los güelfos.

Continuaba, sin embargo, subsistiendo la facción de Torriani, y se reforzaba con muchos que se pasaban del partido contrario, que tenían recelos de la creciente autoridad de los Visconti. Alberto Escotto, señor de Plasencia, formó en su consecuencia una liga bajo la fe del juramento, con los Langoscos, tiranos de Pavia; los Fisiraga, de Lodi; los Ruscas, de Como, los Benzoni, de Crema; los Cavalcabó, de Cremona; los Brusati, de Novara; los Agovadri, de Verceli, y el marqués de Monferrato. Sostenido por estos aliados, Guido de la Torre recobró el poder en Milan, en medio de los aplausos del pueblo, mientras que Mateo se vió forzado á desrerrarse, después de haber procurado en vano, levantarse con ayuda de los gibelinos. Como le preguntasen los enviados de Guido, cuando pensaba volver á establecerse en Milan, les respondió: «Cuando los pecados de Torriani sobrepusieron á aquellos con que estaba yo cargado al tiempo de mi espulsion.» En efecto, Guido pronto tuvo por enemigos á Alberto Escotto y á los demás tiranos que se habían declarado en su favor;

el descontento fermentó entre el pueblo, y estallaron disensiones en su familia.

Enrique VII en Italia.—En aquel tiempo, «un justo juicio caía del cielo sobre la sangre del alemán Alberto,» que había abandonado la Italia, y Enrique VII de Luxemburgo le sucedía (1308). Francisco de Garbagnate, noble milanés, del partido gibelino, desterrado de su patria á la caída de los Visconti, y viviendo en Parma de las lecciones que daba, vende sus libros, compra armas, y va al encuentro del nuevo César, á quien invita á bajar á Italia para levantar la influencia gibelina. Le asegura que encontrará ayuda no sólo por esta parte, sino por la de los güelfos, descontentos del rey Roberto. Con su carácter caballeresco se complació Enrique en la idea de ir á desplegar en Italia una autoridad á la cual, según él pretendía, debía estar sometido todo el mundo por derecho divino y humano (7); fué, pues, sin armas ni tesoros, á este país que había resistido siglo y medio á sus poderosos predecesores. Pero por aquella época, las envidias republicanas se habían amortiguado; á las inspiraciones atrevidas de la libertad germánicas se habían sustituido las reminiscencias romanas. Además el odio jurado á la casa de Suabia no pesaba sobre él, y no tenía que sufrir la obligación de hereditarias venganzas. Jefe de los gibelinos por su categoría, era, no obstante, llamado por el papa, que deseando hacer alguna oposición á la Francia, de la que se reconocía prisionero en Aviñon, envió sus legados para escoltarle, hacerle acogida en las ciudades güelfas, y ceñir su frente con la corona de oro (8).

Fué aun más animado por los pequeños señores de la Italia que le prometían conducirlo á través de su país, sin que tuviese necesidad de soldados. Habiendo bajado á Turin por la Saboya y por Susa (1310), sustituyó sus vicarios á los de Roberto de Nápoles. En una entrevista que tuvo en Asti con los señores lombardos que habían ido á su encuentro, les prometió no hacer diferencia entre

(7) En el *Corpus juris civilis* se lee su constitución en la que se espresa de esta manera: *Ad reprimendum multorum facinora, qui, ruptis totius fidelitatis habenis, adversus romanum imperium, in cuius tranquillitate totius orbis regularitas requiescit, hostili animo armati, conantur nedum humana verum etiam divina precepta, quibus jubetur, QUOD OMNIS ANIMA ROMANORUM PRINCIPI SIT SUBJECTA, demoliri...* ¡Esta estraña pretensión no pertenece, pues, sólo á los papas! En 1313 se promulgó en Pisa una constitución, en que se declaraban rebeldes y desleales al Imperio á todos los que abierta ú oculta mente obrasen contra su honor y fidelidad, ó contra sus oficiales. Debía procederse contra éstos por acusación, inquisición ó denuncia, sumaria y simplemente, sin ruido ó aspecto de juicio. V. DONIGES, *Acta Henrici VII*, pág. 226.

(8) La expedición de Enrique VII está muy bien narrada por un obispo *in partibus* de Butronto, alemán, amigo del emperador y también del papa, al cual da cuenta de la empresa con digna franqueza y sencillez.

los güelfos y los gibelinos, diciendo que iba á restablecer la paz, á hacer cesar el destierro de los desterrados, y á volver á las ciudades, que se habían convertido en señoríos privados bajo su inmediata soberanía. Este último proyecto no podía convenir á Guido, así es que trató de formar una liga de güelfos para oponerse á él por la fuerza, pero fué en vano; y cediendo á la voluntad del pueblo, salió desarmado al encuentro del emperador. Entró Enrique en Milan (6 enero 1311), donde se hizo coronar en San Ambrosio, en presencia de los diputados de todas las ciudades de Lombardia y de la Marca. A solicitud de Garbagnate, reconcilió á los Torriani con los Visconti; á los Fisiraga con los Langoscas, y así en otras partes; abrió á los desterrados las puertas de su patria, y se vió proclamar restaurador de la justicia, de la paz y de la libertad.

No tardó en escitar el descontento de los milaneses, pretendiendo entrar en la ciudad con hombres armados, y exigiendo de ellos un donativo de cien mil florines para subvenir á su pobreza (9); habiendo tenido después revelación ó sospecha de una union entre los Visconti y los Torriani para arrojar á los extranjeros, mandó hacer una requisición en sus casas, y desterró á estos últimos. Devolvió el mando al astuto Mateo, que consiguió disipar su desconfianza; y mediante cincuenta mil florines contantes, además de una renta anual de veinte y cinco mil, le instituyó su vicario. Pero los Torriani habían dado la señal á los güelfos de Lodi, Crema, Cremona, y Brescia, que espulsaron á los vicarios imperiales, y se sublevaron, lo que obligó á Enrique á recurrir á la fuerza para volverlos á la obediencia. En Brescia, refugio de los güelfos, empleó medio año y perdió las tres cuartas partes del ejército, sin conseguir nada más que sacar dinero y maldiciones, mientras que sus amigos pedían el entusiasmo y se reforzaban los enemigos, entre los cuales sobresalían Roberto de Nápoles y los florentinos.

Dirigióse entonces Enrique á Génova, que cansada de facciones, se entregó á él por veinte años, y estableció allí por vicario á Ugucione de la Faginola (octubre). Fué gran felicidad para él encontrar apoyo en Génova y en Pisa, cuando todos le abandonaban; pudo al menos con sus bajeles arribar á Toscana.

Florenia y Pisa.—Florenia era ya la Atenas de Italia, apasionada por las letras y por las bellas artes, llena de fiestas y entregada á la alegría, al mismo tiempo que se ocupaba actualmente en sus negocios; estaba envidiosa de su democracia, hasta el punto de convertirse en tiránica. Al verla resplandecer con tal escelso brillo, cuando era go-

(9) *Hic etenim rex noster magnanimus erat et omnium virtutem dives, pecunia et auro nimium pauper, nihil nisi italicis adjutos propositi agere omnino valebat.* JO DE CER-MENATE, *Hist.*, cap. 20.

bernada por magistrados que se renovaban cada dos meses, para no ser reelegibles sino tres años después, se puede juzgar, cuántos hombres encerraba capaces de regir la causa pública: así es que eran buscados, sobre todo para la diplomacia, hasta en el extranjero (10). Pero no teniendo los jefes del Estado tropas á su servicio, debían recurrir especialmente á los manejos de la política, y á falta de un código legal, de una constitucion fija, se sostenían por su clientela y por sus parientes. Aunque todavía estaba agitada Florenia en lo interior por las facciones de los blancos y de los negros, permanecía constantemente fiel á la causa italiana, y sin querer propagar la libertad donde no se conocía el precio de ella; pero persuadida de que la Italia debía su civilizacion á aquellas luchas independientes, velaba porque ninguna tiranía extranjera é indígena se consolidase allí, y para este efecto sostenía la balanza entre los partidos, inclinándose generalmente á los güelfos, pero sin dejar de aproximarse en caso de necesidad á los gibelinos. A medida que se aumentaba Florenia, Pisa, que había permanecido fiel al partido imperial, declinaba por haberse mezclado en las rivalidades continentales. No proporcionaba ya á Constantinopla y al Archipiélago los mejores negociantes, veía disminuirse sus bancos en la Siria. La batalla de Meloria (1284), otro resultado de sus relaciones con los emperadores, la había hecho inferior á Génova, y la prohibicion que la fué preciso sufrir por algun tiempo, de sostener hombres sobre las armas, le hizo perder la costumbre de la guerra; entregó su juventud á otra carrera; dirigióse por otra parte su ambicion. Los pescadores de las costas, de Lerici, de Espezia, se pusieron al servicio de los genoveses, y tuvo que renunciar á la Córcega. En 1323 todos los pisanos que se encontraban en la isla de Cerdeña fueron asesinados por una trama del juez de Arborea y de Oristagni, que entregó el país al príncipe de Aragon, á quien el papa había hecho concesion de él. Fueron, pues, precisos quince mil hombres para vencer la intrépida resistencia de Manfredo de Gherardesca, y para arrojar á los pisanos de aquella isla, último

(10) En la coronacion de Bonifacio VIII, doce de los embajadores de las diferentes potencias eran florentinos. Palla Strozzi, por la república de Florenia. Cino Diotisalvi, por el señor de Camerino. Lapo Uberti, por la república de Pisa. Guido Talunca, por el rey de Sicilia. Manno Adimari, por el rey de Nápoles. Folco Benciveni, por el gran maestre de Rodas. Vermiglio Alfani, por el emperador de Occidente. Musciato Franzesi, por el rey de Francia. Ugolino da Vecchio, por el rey de Inglaterra. Rimeri, por el rey de Bohemia. Simon de Rossi, por el emperador de Oriente. Guicciardo Bastari, por el gran kan de los tártaros. Al verlos, dijo el papa, que los florentinos eran el quinto elemento.

resto de su marítima grandeza (11). Entonces se les cerró el camino de Africa: no pudieron sostener en Sicilia la competencia de los catalanes: finalmente, les fué preciso dedicarse á la agricultura, á la industria manufacturera, y limitarse á las expediciones de tierra.

Cuando Enrique envió á anunciar á los florentinos su llegada y á pedirles alojamientos, respondieron que jamás habían creído digno de aprobacion á un emperador que llevaba á Italia un ejército de bárbaros, cuando su deber sería emancipar de bárbaros aquella nobilísima provincia (12); y se pusieron con preferencia al lado del rey Roberto. Entonces se lisonjearon los pisanos de recuperar la ventaja sobre su rival, y de ver á Enrique, que poco rico de dominios en Alemania, meditaba en establecerse en Italia, hacer de su ciudad su residencia y la capital del Imperio. En su consecuencia se adelantó Enrique, ayudado con el dinero de los pisanos y con los socorros de cuantos enemigos tenían los de Florenia, contra aquellos mercaderes que desafiaban su poderio; pero ellos decían en alta voz que jamás habían bajado los florentinos la cabeza delante de ningun, señor é inscribían á la cabeza de sus proclamas: *En honor de la Santa Iglesia y á la muerte de rey de Alemania*. Hicieronle frente con triples fuerzas que las suyas; y acosado Enrique entre las armas, el hambre y la peste, se vió obligado á emprender la retirada, poniendo á Florenia fuera de la ley del imperio, por «su desenfadada locura y su indómito orgullo res-

(11) Disputaron los genoveses la Cerdeña á los aragoneses en cuyo poder quedó, y donde introdujeron las cortes, con tres órdenes ó brazos: eclesiástico, militar y real, es decir, estado llano. Aquella asamblea intervenía en la legislación, en la imposicion de contribuciones, al mismo tiempo que fallaba en las diferencias de los individuos y de los cuerpos. Algunos señores permanecieron independientes, como los marqueses de Arborea, entre los cuales se hizo célebre Leonor (1403). Todavía están vigentes las leyes que mandó coleccionar ella (*Carta de logu*). Pertenece también la Córcega á los aragoneses en cambio de la Sicilia; pero los pisanos y los genoveses seguían aspirando á poseerla, á pesar de los esfuerzos de Bonifacio VIII para disuadirlos de su intento. Así se encontraba la isla desgarrada por los partidos que alternativamente se daban batalla, sin que los aragoneses pudieran echar allí raíces. Alzarse muchos tiranuelos; después, cansado el pueblo de sus violencias, da muerte á los barones, les obliga á la fuga (1359): establece entonces una constitucion republicana y se pone bajo la proteccion de los genoveses, á condicion de no pagar anualmente mas de veinte sueldos por hogar, sin otras cargas. No por esto se apaciguaron las facciones, y la república de Génova no pudo reprimir las. En su consecuencia cinco ciudadanos tomaron á su cargo la proteccion de la isla, y se la repartieron con este objeto; pero este pacto duró poco: y se agregaron á las facciones indígenas las de los Adorni y de los Fregosi, y los corsos se entregaron al banco de San Jorge en 1453; pero se cansaron de él en 1460.

(12) LUNIG, *Cod. dip.*, I, 1078.

pecto de la majestad real:» luego se dirigió á Roma, donde con motivo de su coronacion, aspiraba á desplegar un gran boato.

Los favores de los papas Nicolás III y Nicolás IV habían engrandecido estraordinariamente á las dos familias rivales de los Colonnas y de los Orsini, hasta tal punto, que hacían en Roma lo que mejor les placía. Acogieron los Orsini á Enrique; pero los Colonnas y el rey Roberto guardaban á la ciudad con las armas en la mano, y como había barricadas en las calles, se hizo coronar en la iglesia de San Juan de Letran, no sin que la ceremonia y el banquete fueran insultados por el enemigo (29 de junio de 1312). Los señores alemanes, cuyo término de servicio feudal había espirado, abandonan á la sazón á Enrique, quien quedándose con poca gente y todavía menos dinero, vuelve á caer sobre Florenia sin haber sometido á Roma. No atreviéndose á atacar de nuevo á la ciudad güelfa, se venga talando su territorio. Poco acostumbrados los florentinos al manejo de las armas, aunque muy hábiles en política, dejan que el tiempo y el clima vayan mermando sus fuerzas, y durante este espacio sublevan contra él á todos los Estados de Italia.

En efecto, Enrique, careciendo de hombres y provisiones, apenas pudo pagar sus deudas, se volvió á Pisa (13) en bastante mal estado, tanto él como su gente, y queriendo á lo menos ostentar algun aparato imperial, erigió un tribunal al cual citó á las ciudades rebeldes: abstuvieron de comparecer allí por supuesto, y entonces despojó á Florenia del mero y misto imperio y de todos sus privilegios (14), concediendo á los Espinola y

(13) «Hubiera partido (de Poggibonzi), si hubiera tenido con qué, pues era muy pródigo y gastador; tenía una conciencia recta y muy buena fe. No quería partir porque no tenía para pagar lo que había pedido... El rey Federico de Sicilia... le mandó veinte y cuatro mil florines, con los cuales pagó sus deudas y partió.» COPPO DI STEFANA, libro V.

(14) Sentencia de Enrique VII contra Florenia: «A fin de que sirva de ejemplo, á fin de que no puedan gloriarse de su contumacia su Concejo y sus hombres, habiendo confesado, y estando legítimamente convictos por su contumacia, de todos y cada uno de los dichos excesos, después de haber invocado el nombre de Cristo, juzgando en tribunal sentencialmente, privamos en este escrito al dicho Concejo y á todos los florentinos del mero y misto imperio de toda autoridad de señoría, rectoría y capitania, y de toda jurisdiccion de los cuales usan ó han usado en la dicha ciudad y su distrito y territorio. Además, los castillos y las ciudades, las villas y los distritos de la misma ciudad de Florenia, y todos los bienes que la dicha ciudad y Concejo de Florenia tiene y posee dentro y fuera y en cualquier lugar, quedan confiscados por la Cámara nuestra y del Romano Imperio, y le privamos perpétuamente de los estatutos y leyes municipales, y de la autoridad de hacerlos en lo futuro, y de todos los feudos, franquicias, privilegios, libertades é inmunidades y honores, que los emperadores y reyes de Roma, predecesores nuestros, conce-

al marqués de Monferrato el derecho de acuñar florines con el busto de san Juan Bautista, declarando finalmente á Roberto de Nápoles depuesto del trono, y á sus súbditos relevados del juramento de fidelidad. A fin de que no quedaran en ridículo estas amenazas, Enrique estrechaba á la dieta germánica y á los gibelinos de Italia á enviarle un buen refuerzo de tropas, si bien con poquísimos sucesos. Creyendo el papa invadidos sus derechos á consecuencia de la destitucion de Roberto, rey de Nápoles, intimó que desistiera de ello. Sólo Génova y Pisa, para satisfacer sus rivalidades, le equiparon sesenta galeras, á fin de que fuera á invadir el reino de Nápoles (1313): y Federico, rey

dieron á los florentinos, que se han hecho indignos de todo ello, y lo anulamos por nuestra segura ciencia y sentencia. Además condenamos al dicho Concejo y á sus hombres en cinco mil libras de oro que deben pagar á la cámara nuestra y del Romano Imperio. Condenamos tambien perpétuamente á la infamia y desterramos perpétuamente como cómplices y agentes de la dicha revolucion á los priores y cónsules de Florencia y á todos los demás funcionarios que desempeñan ahora ó sean elegidos para cargos públicos. Desterramos tambien á todos y á cada uno de los ciudadanos y habitantes del distrito de la dicha ciudad, mandando que ninguna ciudad, castillo ó baron, comunidad ó particular, acoja ó dé auxilio de cualquier modo que sea, pasado un mes. Después de esta sentencia, á ninguno de los dichos Concejos, ciudadanos y habitantes, bajo la pena, cada concejo de ciudad, de cincuenta libras de oro, y cada castillo ó baron de veinte libras de oro, y cada particular de una libra de oro, que deberán pagar á nuestra cámara, y más ó menos á nuestro arbitrio, considerando la calidad de la persona y circunstancias del delito; debiendo pagarse esta pena tantas veces como se faltare á esta sentencia. Declaramos que cualquiera puede personalmente apoderarse de los dichos florentinos desterrados y rebeldes contra nosotros y el Sacro Romano Imperio, pero sin ofender sus personas y entregarlas á nuestra autoridad, así como tambien apoderarse y tener sus bienes, prohibiendo además que ningun deudor de dicho Concejo ó de los habitantes de Florencia y su distrito piense en satisfacer su deuda. De todo lo anterior, exceptuamos sin embargo á aquellos que son de nuestra familia, y á los que están desterrados por las causas citadas de la misma ciudad y su distrito, y su familia y bienes; exceptuamos de las dichas penas y sentencias y destierro, á estas personas de nuestro séquito, y á los desterrados y á sus familias y bienes, y los ponemos bajo nuestra proteccion y de la del Romano Imperio. Mandamos tambien que el podestá y el capitán de la ciudad y sus jueces y notarios, si en el término de veinte dias desde la publicacion de esta sentencia, no abandonan sus empleos y la ciudad, y los que en lo porvenir presuman ejercer estos empleos de podestá, capitán, jueces ó notarios, queden privados por esta ley inmediata y perpétuamente de la facultad de juzgar, de asistir y de otorgar instrumentos públicos, y de cualquier otro honor ó dignidad. Y queremos y declaramos que los mismos sean considerados infames, si los dichos Concejos y hombres en el espacio de veinte dias no comparecen ante nos por síndico legítimo, para obedecer nuestros mandatos sobre todas estas cosas.

Delicia de los Eruditos toscanos, tom. XI, pág. 105. Los recopiladores la reputan traduccion contemporánea.

de Trinacria, secundó su expedicion invadiendo al mismo tiempo la Calabria. De consiguiente la casa de Anjú se hallaba en gran peligro; y «una vez dueño del reino Enrique, le hubiera sido estremadamente fácil enseñorearse de toda la Italia y aun de otras provincias» (VILLANI); pero en esto murió de repente en Buonconvento (24 agosto) (15), dejando á la Italia mas agitada que nunca, envilecida la autoridad de los emperadores y despojada de su antiguo prestigio: además de que la estremada desproporcion entre sus fuerzas y sus pretensiones saltaban desde luego á la vista.

Pisa, que habia gastado por Enrique 2.000.000 de florines, los vió perdidos á causa de su muerte, y se halló espuesta á la cólera de todos los güelfos de Toscana. Creyó hallar el vacio de sus ofertas estableciendo un derecho sobre todas las mercancías que entraran en su puerto: é irritados los florentinos se dirigieron al de Telamon, donde se trasladaron los otros negociantes establecidos en Pisa, lo cual fué el último golpe dado á su comercio.

Agotada y amenazada por todas partes, eligió por señor á Uguccione de la Faginola, hijo de aquel Rinier de Corneto, «que hacia tan cruda guerra en los caminos reales» en el valle de Savio. Sentíanse poco dispuestos los señores toscanos á auxiliar al Estado, que les dañaba en todas sus resoluciones; el pueblo habia abandonado las armas para dedicarse al comercio; por lo cual Florencia, Luca, Prato y Pistoya creyeron conveniente buscar su salvacion sometiéndose á Roberto de Nápoles. Pero esto no impidió á Uguccione, muy perito en el arte de la guerra, hacer triunfar á Pisa. Atacó á Luca (1314), ciudad rica y casi tan poderosa como Florencia, y que estaba defendida por una nobleza acostumbrada á lanzarse de sus castillos, para entregarse al saqueo tanto en tierra como en mar. Habiéndose hecho dueño de ella por traicion, la asoló á la cabeza de los soldados alemanes, y la tuvo bajo su dominio. Pidió Florencia generales á Roberto para reprimir á los gibelinos; pero éstos prevalecieron en la jornada de Montecalino (1315), donde hubo gran matanza de güelfos (16). Concluyó Roberto por conseguir que Pisa y Luca hiciesen la paz con Florencia, Siena y Pistoya.

No obstante, Uguccione gobernaba tiránicamente á Pisa y Luca, cebándose contra cualquiera que le era sospechoso. Resultó de ello que las dos ciudades se sublevaron de repente (1316), y después de espulsarle se unieron en una federacion

(15) El hecho de su envenenamiento en una hostia es un cuento desmentido por el silencio de los contemporáneos.

(16) Los hijos de los dos jefes enemigos, Cárlos de Nápoles y Francisco de Uguccione, fueron enterrados en el mismo sepulcro, en la abadia de Buggiano. LELMI, *Cron. de San Miniato*.

de gobierno popular. Castruccio Castracane, de la familia Interminelli, uno de los principales gibelinos, que habia adquirido renombre militar en Francia, en Inglaterra y en Lombardia, se vió llevado, desde el calabozo donde le habia metido Uguccione, á la cabeza del gobierno de Luca y á ser capitán de los gibelinos en Toscana. Habia aprendido en las guerras y en sus numerosos viajes, tanto á pelear como á administrar; valiente, pérfido é ingrato, tanto como es preciso para elevarse á tanta altura. Los suplicios y tormentos castigaron á todo el que habia sido contrario ó bienhechor suyo. No contento con dominar en Luca, aspiró á someter las ciudades comarcanas; invadió la Garfagnana y la Lunigiana, pero Espineto Malaspini, que poseia allí sesenta y cuatro castillos, detuvo la marcha de las tropas, con ayuda de los florentinos. Entonces se adelantó Castruccio contra él, y asolando el valle de Nievola y el del Arno inferior, tomó á Prato y sorprendió á Pistoya. Avergonzados los florentinos, reunieron el mayor ejército que habian puesto en pié, y confiaron el mando á Raimundo de Cardona, aventurero catalan, llamado á Italia por el cardenal de Poggetto; pero no pensando este general sino en hacer dinero, eximiendo de la guerra á los mercaderes ricos, los condujo por las marismas insalubres de Fientina, y allí, acometidos de espanto ó de fiebre, pagaron por obtener el ser licenciados á sus casas. Resultó de esto, que atacando Castruccio al enemigo en Altopascio, le derrotó, cogió á Cardona y el caroccio, y entregó al saqueo el territorio para indemnizarse de los gastos de la guerra (13 setiembre de 1325) (17). Hasta intentó, para aprovecharse de los favores de la fortuna, sorprender á Florencia, y para mofarse de ella, hizo llevar el palio á sus puertas, mientras que los ciudadanos se mantenian encerrados dentro de sus murallas aun imperfectas. No se hubieran escapado de la afrenta que les amenazaba, si una Frescobaldi no hubiese disuadido á su hijo

(17) «El 10 de noviembre (1325), Castruccio volvió á Luca para celebrar la fiesta de san Martín con gran triunfo y gloria. Todos los de la ciudad, hombres y mujeres, fueron á su encuentro en gran procesion, como para un rey; y para manifestar más desprecio á los florentinos, se hizo caminar delante el carro con la campana que los florentinos tenian en su ejército; los bueyes estaban cubiertos de ramas de olivo, con las armas de Florencia, y se hacia sonar la campana. Detrás del carro iban los mejores prisioneros de Florencia y monseñor Raimundo de Cardona, con cirios encendidos en la mano, para ofrecerlos á san Martín. Castruccio enseguida dió una comida á todos, que eran cincuenta personas de las más notables de Florencia; las insignias reales del Concejo de Florencia iban puestas en el respaldo del carro, después hizo poner en prision á los florentinos, exigiéndoles enormes rescates. Seguramente Castruccio sacó de nuestros prisioneros y de los franceses y forasteros cerca de cien mil florines de oro, con lo que pagó los gastos de la guerra.» J. VILLANI, IX, 319.

Guido de los Tarlati, obispo de Arezzo, reunir sus fuerzas á las de Castruccio.

Sitio de Génova.—El partido contrario secundaba el engrandecimiento de Roberto de Nápoles, que unia á su reino de la Pulla el señorío de varias ciudades del Piamonte, la Provenza, la alianza de los güelfos y la proteccion de Juan XXII. Aquel papa le habia nombrado vicario del imperio durante la vacante del trono. Una expedicion que le reportó entonces el mayor honor, fué la libertad de Génova (1318), que sitiaban los gibelinos. Agobiada esta ciudad por los Doria y los Espínola, gibelinos, los Grimaldi y los Fiescos, güelfos, habia convertido sus palacios en otras tantas fortalezas, desde las que se atacaban y defendian alternativamente. Los nobles no permanecian ya en sus almacenes para aguardar los compradores, sino que corriendo los mares como capitanes de barcos, acostumbraban los marinos á respetarlos y obedecerlos. Como á veces no habia un hijo de familia que no mandase un buque, millares de personas se encontraban á un sueldo de una casa, á la cual obedecian por costumbre, por necesidad, por reconocimiento. Habia, pues, grandes bandos de ambas partes, y las batallas eran sangrientas. Arrojos los gibelinos de Génova, la sitiaron por mar, mientras que Marco Visconti, hijo de Mateo, valiente capitán milanés, la cercaba por los valles de Bisagno y del Polcevera. Toda la Italia tomó partido en aquella ocasion. Pisa, Castruccio, el marqués de Monferrato, el rey de Sicilia, el mismo emperador de Constantinopla, se declararon en favor de los sitiadores, al paso que los florentinos y los boloñeses auxiliaban al rey Roberto. Este príncipe entró en el puerto con su flota, y obtuvo al mismo tiempo del papa la soberania de Génova, la que se proponia hacer centro de las operaciones de los güelfos en la Alta Italia. Después de diez meses de infructuosos ataques, los gibelinos se vieron obligados á retirarse, y los genoveses demolió los palacios y las casas de campo de sus adversarios, sin olvidarse de dar gracias á san Juan Bautista por su victoria (1323). Viéndose despreciado el pueblo bajo, á pesar del abad que le representaba, habia instituido una liga llamada *Motta* del pueblo, con diez capitanes adjuntos al abad, con intencion de precisar al vicario á hacer justicia, y en caso de negativa, tocaban á rebato. Esta asociacion fué disuelta por Roberto, que conservó la suprema autoridad por espacio de doce años. Fué después espulsado, y entonces se crearon dos capitanes del pueblo, con un podestá además del abad.

Entre tanto los gibelinos se habian vuelto á unir, concluyeron una liga con Socino, eligiendo por jefe á Can de la Escala, y sostuvieron la guerra por diferentes partes (1325). El cardenal legado Bernardo del Poggetto marchó contra ellos; pero aunque reunió á las armas terrenales los anatemas espirituales, no pudo triunfar de su resistencia.